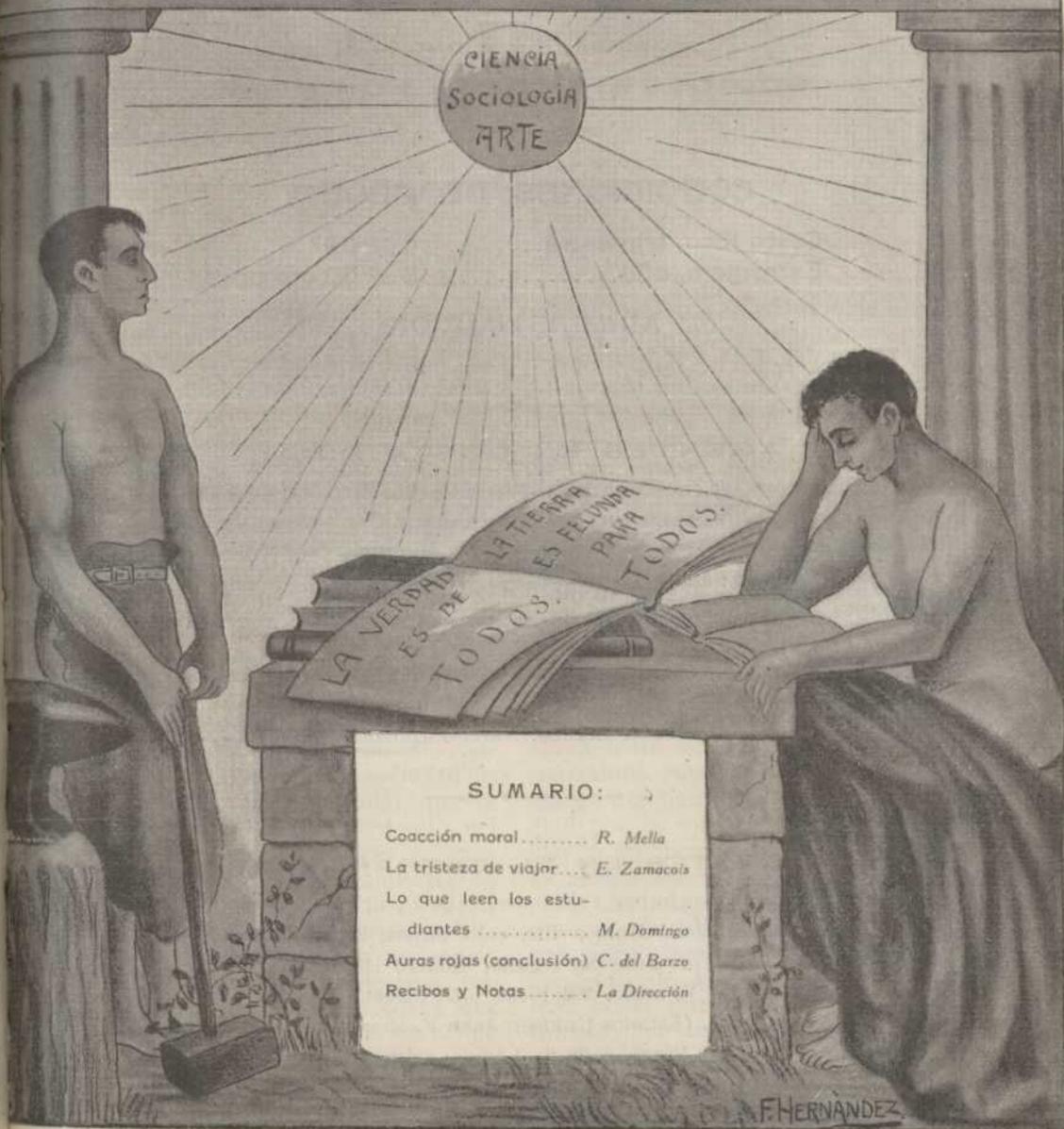


RENOVACIÓN



SUMARIO:

Coacción moral.....	R. Mella
La tristeza de viajar....	E. Zamacois
Lo que leen los estu- diantes	M. Domingo
Auras rojas (conclusión)	C. del Barzo
Recibos y Notas.....	La Dirección

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA ♦ ARTE ♦ CIENCIA

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2 00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 247, restaurant "Petit París" -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkin — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — BANANITO: J. Bermúdez A. — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — Nicolás Cárdenas Vargas — PARISMINA: Hernán Calzada — SANTO DOMINGO: José T. Ortega — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — SAN JUAN DE DIOS DE DESAMPARADOS: Narciso Jiménez Rivera.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vitarño, 266 West 15th Street.
Los Angeles, Cal. (Estados Unidos): Juan F. Moncaleano, 209 Yale St.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568.
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: Alejandro Sux, 7, rue de Campagne-Première.

San José, Costa Rica

10 de Mayo de 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 57

La coacción moral

V

“No hay hombre, por poderoso que se crea—dice el célebre revolucionario Bakounine—, que tenga suficiente valor para afrontar el unánime desprecio de la sociedad; no hay quien pueda vivir sin sentirse apoyado a lo menos por el asentimiento y la estimación de una parte de la sociedad.

“Se necesita estar animado de una convicción grandísima y muy sincera para que un hombre tenga el valor de hablar y obrar contra la opinión de todos, y jamás un hombre depravado, mezquino y cobarde tendrá semejante valor.”

Y este singular efecto del espíritu público, de la coacción moral, ¿habría de anularse en una sociedad libre? Tanto valdría afirmar que la coacción moral es un derivado del gobierno, y ya hemos visto como, muy al contrario, se manifiesta en oposición a todo poder coercitivo. Mañana, como hoy, cualesquiera que sean las condiciones de convivencia social, el sentimiento colectivo bastará a reprimir ciertas faltas que ahora mismo no castigan los Códigos morales y físicas y el ejercicio tales que aseguren, como presuponemos, la satisfacción de las necesidades morales y físicas y el ejercicio de todas las actividades, harás más efectiva la influencia recíproca de los sentimientos nobles, de la rectitud en la conducta. Dondequiera

que la palabra empeñada vale algo, no hay garantía legislativa que supere la virtud de esas promesas leales en cuyo cumplimiento se cifra la honra personal. Dondequiera que se aprecie la pública y la privada estimación no hay ley ni amenaza y fuerza alguna que supere su virtud para reprimir el vicio, virtud innegable como derivado de la coacción moral.

No negamos que siempre habrá entre los hombres diferencias, contiendas. Mas ello no justifica de ningún modo la organización de un poder cualquiera, ni puede presentarse seriamente como obstáculo al desenvolvimiento de la sociedad que preconizamos. ¿Cuántas cosas hoy mismo no escapan al Código y se arreglan por la intervención de amigables componentes o no se arreglan de ningún modo!

En un mundo de equidad y de justicia, de libertad y de igualdad para todos, los hombres tendrán un concepto de la vida más elevado, más noble que el de hoy, y la influencia de este cambio se dejará sentir poderosamente. Se considerará la ajena estimación, se enaltecerán las virtudes esenciales, se aplaudirán las acciones de abnegación y de sacrificio, al contrario de lo que hoy ocurre, que se llama espíritu fuerte al que desprecia a los demás, tonto al que practica la virtud, listo y ta-

lento al que hábilmente engaña, y sólo provocan burlonas sonrisas los que son capaces de abnegación y de sacrificio, porque el mundo en que vivimos está organizado para gloria y prez de la granjería andante. "Si por casualidad—ha dicho no sé quién—alguno funda su orgullo en no quebrar su amor propio, en no arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca, debe resignarse anticipadamente a sufrir el desprecio de todos. En vano un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer constituir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo; no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda, objetos de un desdén general."

El vicio y el delito son producto necesario, fatal del capitalismo y del gubernamentalismo en el mundo sedicente civilizado. La remoción de las causas, su supresión traerá aparejada sin duda la de los efectos.

Seguirán probablemente presentándose monstruos humanos capaces de los mayores crímenes. Pero esto implica un problema de medicina, de ningún modo social. No se organizan los pueblos para las anomalías, para las excepciones.

Trátase de casos extraordinarios que tienen su origen en imperfecciones del organismo humano adquiridas por accidente o a causa de una vida desastrosa o heredadas de quien las transmitió en un proceso de degeneración, y sería locura invocar el castigo en lugar de la terapéutica. A la sociedad sólo le asiste el derecho de defensa, y entonces, en un porvenir mejor, se defenderá también, pero se defenderá como el paciente se defiende de una dolencia. Ésas naturalezas defectuosas contrahechas, monstruosas, caen bajo el dominio de la ciencia hasta tal punto, que hoy mismo los más sabios criminalistas afirman resueltamente la irresponsabilidad.

De tal modo ha sido estudiada la cuestión, que apenas se abre un libro de fisiología, de antropología, de psicología, etc., se impone a las pocas páginas esta conclusión terminante "No hay criminales". Son tantas y de tal naturaleza las deformaciones del organismo, principalmente del cerebro, "que es su representación suprema y que contiene en sí los restos de lo que hemos sido y la posibilidad de todo lo que seremos" (1); son tan numerosos e intrincados los estados patológicos, tan insensible el tránsito de la normalidad al desequilibrio, a la locura a la violencia, que es verdaderamente temerario afirmar la criminalidad consciente de un hombre cualquiera. Invitamos a los incrédulos, sean o no hombres de estudio, a que registren las dolorosas páginas que la ciencia ha llevado en nuestros días a los libros y revistas más notables. El convencimiento de que la maldad está lejos de ser voluntaria y consciente, se producirá sin duda en todas las inteligencias.

Tal vez la enorme masa de hechos citados, de casos estudiados a conciencia, de conclusiones científicas establecidas, podrá quedar obscurecida o vacilante a causa de los prejuicios de escuela o de la insana influencia de las ideas adquiridas por medio de la educación en las viejas rutinas; pero si el lector acierta a despojarse de todo juicio anticipado y de toda noción aprendida a modo de dogma necesario, sin vacilar proclamará, como de hecho lo proclaman las últimas investigaciones científicas, que no existe delincuencia propiamente dicha, sino simplemente anomalías, deformaciones, tendencias, enfermedades, en fin, que lo mismo pueden convertir a un hombre en un héroe que en un asesino.

El convencimiento se producirá más resueltamente si se tiene en cuenta que el término **normalidad** es pura abstracción de nuestra mente.

(1) Th. Ribot, *Las enfermedades de la personalidad*.

Entre cien, citaremos a Claudio Bernard, que dice: "Lo que se llama el estado normal es una pura concepción del espíritu, una forma típica ideal enteramente separada de las mil divergencias, entre las cuales flota incesantemente el organismo en medio de sus funciones alternantes e intermitentes." Griesinger, que afirma: el dilema "Este hombre es loco o no lo es", no tiene sentido en muchos casos. Y a Ribot, que escribe: "La distinción de sano y moribundo es a menudo muy difícil"; y en otro lado agrega: "Todo carácter es una hipertrofia o una atrofia", lo que puede generalizarse diciendo: todo organismo humano peca por defecto o por exceso, está desviado por atrofia o por hipertrofia de la forma típica ideal, que se reduce a una concepción pura del espíritu sin valor alguno en la realidad.

Pero la infusa ciencia de gobernar, de estrujar a los pueblos, resuelve ufana el problema de un solo **coup de sabre** en el preciso momento en que cada uno, después de una lectura medianamente asidua, examinándose a sí mismo, no deja de reconocerse algo de degenerado, algo de loco, algo de genio, algo de delincuente, porque en cada uno están dadas a un mismo tiempo todas "las tendencias buenas y malas, tendencias latentes que pueden dormir toda la vida, pero que también pueden ser despertadas por un acontecimiento fortuito", y es, por consiguiente, la obra de las circunstancias, del ambiente, de la educación, del desenvolvimiento total, eso que, según la terminología corriente, se llama honradez y crimen. (1)

En este mismo punto aparece también la coacción moral dirigida según las ideas y los sentimientos predominantes.

Al que mata centenares de hombres en el campo de batalla, se le levantan estatuas, mientras que al que en un arranque de ira irreprimi-

ble mata a un solo semejante, se le envía al patíbulo. La coacción moral está aquí inspirada, de un lado, por la idea egoísta de la patria y por los instintos guerreros; y de otro lado por el sentimiento y la educación de la represalia: diente por diente, ojo por ojo.

De modo análogo se tacha al que roba un panecillo como delincuente y se glorifica al que se apodera de una extensión territorial chica o grande, despojando de vidas y haciendas a sus habitantes. Y aun en parte el desprecio público cae más fuertemente sobre el que roba que sobre el que mata, pues para éste en muchos casos se hallan fáciles explicaciones; pero para aquél, el brutal egoísmo de la propiedad no tiene compasión ni excusa. Somos como algunas tribus salvajes que no consideran depresivo el derramamiento de sangre y aun lo enaltecen, al igual que nosotros, en los casos de adulterio y de ofensas personales, y castigan en cambio cruelmente las más nimias contradicciones a sus prejuicios bárbaros.

De estas aberraciones sociales pudiéramos citar muchas. Supla el lector lo que callamos, en gracia a la brevedad.

Afirmamos, en fin, que es una utopía la responsabilidad moral, porque los hombres delinquen o por fatalismo orgánico o por fatalismo del medio o por una desdichada conjunción de ambos.

Sin duda no fundamos nuestro juicio en las dogmáticas ejecutorias del materialismo a **outrance**.

No importa a nuestra tesis saber si, en absoluto, el hombre goza o no de libre albedrío. A pesar de las innumerables pruebas científicas de que el cerebro, la vida afectiva, el organismo en su totalidad, y en sus diversas partes, obedecen a causas determinadas—conocidas o no—que tienen su asiento en la naturaleza ambiente; no obstante todas las pruebas en favor del determinismo de las acciones, dijérase que

(1) Acerca de este punto y acerca de otros, no pensamos como el señor Mella.—E. J. R.

queda en el hombre un algo de libre elección que le permite desviar sus juicios. La razón podrá ser conducida por un número considerable de experiencias al determinismo como teoría acomodada a la realidad de las cosas. Mas la conciencia individual no se percató de armazones teóricas y parece como si fuera reina y señora de sus actos.

Tal vez esta reminiscencia de libre elección sea un efecto aparente. No discutamos. En este terreno la polémica no tendría término.

El hecho indudable es que el hombre manifiesta una tendencia a emanciparse del fatalismo orgánico y del fatalismo ambiente, lo que prueba que ambos existen, ríndase o no la conciencia a su realidad. De hecho se obra el bien o se obra el mal, a pesar de uno mismo, de acuerdo o contra la razón, conforme o en pugna con la conciencia. Indudablemente hay lucha. No se ejecutan los actos humanos con exacta analogía a la piedra que cae por la ley de la gravedad. Se delibera, se resiste o se impulsa: imposible negar la presencia de un elemento más.

Pero la intervención de este elemento no cambia los términos del problema. Ahondando un poco, apenas se puede decir que somos capaces de refrenar medianamente cualquiera de nuestros impulsos, pues tras ligera o prolongada lucha, a ellos cedemos por poco poderosos que sean. ¿Son voluntarios nuestros actos, son de libre elección? Nuestras continuas e internas deliberaciones no son sino frágiles vallas que se intenta poner a la impetuosa corriente de los impulsos.

La responsabilidad moral, en este supuesto, pertenecería, no a la conciencia del individuo, sino a todas las fuerzas que obran sobre él, fuerzas demasiado complejas, demasiado ignoradas para que intentemos clasificarlas en beneficio de una

orientación muy deseable, pero que escapa actualmente a toda previsión y a toda ciencia humanas.

La posesión de la conciencia no nos da sino la triste certeza de que vamos arrastrados en el laberinto de la vida por todos los vientos que soplan en nosotros y alrededor de nosotros; no nos da sino la penosa percepción de nuestras impotentes resistencias, de nuestras inútiles discusiones.

Concebimos la libertad absoluta, y quisiéramos poseerla en toda su plenitud hasta para obrar el bien o para obrar el mal.

No tenemos, sin embargo, ni mérito si obramos el bien, ni demérito si el mal obramos. Que la conciencia se goce en el uno y sufra en el otro, no implica la responsabilidad de los actos; significa sólo que en aquélla las leyes de la atracción y de la repulsión son tan ciertas como en el universo entero.

No tratamos, como se deduce de lo expuesto, de la responsabilidad social en los asuntos comunes de la vida, responsabilidad que existirá siempre, de un modo o de otro, porque los hombres desde el momento que se hallan en relación de mutua dependencia, deben responder entre sí de sus actos. Se trata sencillamente de aquel principio en virtud del cual se erige en axioma el bárbaro hecho de castigar.

Descartado el problema de la criminalidad, o reducido si acaso a los términos de una anomalía extraordinaria acerca de la que habrá de decir todavía mucho la ciencia, ¿cabe dudar de los resultados inmediatos de un cambio fundamental en los medios de convivencia humana?

¡Levantad el espíritu público, sustraedlo a las miserias del positivismo mercantil, y haréis un pueblo honrado, un pueblo valiente, un pueblo noble!

R. Mella.

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número

La tristeza de viajar

La víspera de dejar Buenos Aires, la madre Casualidad, siempre buena, pintoresca y artista, me puso delante a un antiguo amigo compañero de mis años más verdes. Mucho tiempo hacía que no cambiábamos un abrazo, y en aquel momento brevísimo, apenas si hubimos espacio para pasar del saludable regocijo del encuentro a la agri dulce y poética melancolía de la despedida. Yo me iba a New York y a Cuba; él venía del remoto Oriente, soleado y azul. Mi amigo es un sentimental: le hallé desanimado, empobrecido de voluntad, lacio de espíritu y de cuerpo; sus pupilas grandes y claras de montañas, reflejaban la nostalgia grave de los horizontes.

—¿Por qué te marchas?—exclamó;—¿por qué esa inquietud, esa comezón de salir al tropiezo de lo imprevisto?..... ¿Acaso no te convenciste aún de la eterna y universal monotonía de las cosas?.....

El, por su parte, arribaba a la Argentina desilusionado de todo, y maldito si pensaba moverse de allí. Compraría en los alrededores de la ciudad una casa, sembraría frutales cuyo follaje tupido sirviese, al declinar la tarde, de confesionario a la brisa; criaría gallinas que le siguiesen por la huerta dardeándole con sus ojos penetrantes y redondos; y allá dentro, entre la alegre limpieza de los solados de ladrillo y de las encaladas paredes, tendría una pequeña biblioteca y un lecho blando. Adiós las estaciones de ferrocarril, los muelles, los hoteles..... todos esos lugares inexpressivos, secos, endurecidos por la ingratitud de las despedidas..... El porvenir que meditaba era de reposo; un reloj presidiría tiránico la marcha del hogar, donde todo se haría despacio y a sus horas; los viejos baúles, magullados y sin cerraduras, que le acompañaron en su existencia andariega, irían a la leñera, o, convertidos en

astillones, servirían de apoyo y defensa a los rosales del jardín.

Mi amigo concluyó:

—Lo que deploro es haber viajado tanto, pues de los viajes sólo sacamos esa fatiga, infinitamente más grave que la fatiga física, que llamamos tristeza.

Yo le escuchaba atento, recogidamente, mientras experimentaba esa melancolía que tiene para nosotros la voz sin palabras de las tumbas y de las ruinas. Luego, por toda contestación y todo comentario, seguí adelante.....

Evidentemente, mi interlocutor acertaba: los viajes son tristes; mas no es la suya una tristeza particular y desusada, sino esa suave nostalgia inseparable de los recuerdos y que constituye la esencia capital de este mundo movedido donde hombres y cosas, empujados por el tiempo, apenas "son", cuando ya "dejan de ser". Es la pesadumbre de las amistades perdidas, de los amores extintos, del apaciguamiento que sigilosamente sentimos operarse en la hoguera interior de nuestros deseos; es aquella melancolía, en fin, que cae de pronto sobre la última página del libro que acabamos de leer; tristeza fría, muda, donde aletea una desilusión de crepúsculo. Pero, ¿no sería absurdo que, por miedo a lo que pudiéramos llamar "el dolor de cuanto concluye", renunciásemos a los generosos anhelos de perpetuidad y mejoramiento que abrasan el corazón de los que aman y de los que leen?.....

Es la felicidad para el hombre como el tiempo, que apenas llega y le envuelve, cuando ya empieza a irse. Mas, ¿no tildaríamos de pusilánime o de loco a quien no quisiese ser dichoso en su juventud, temeroso de que luego, con la vejez, dejase de serlo?.....

Bruñido por el sol un chorro de agua, cae alegremente dentro de una cisterna, y su bullicio festero decrece

y se amortigua paulatinamente según el ancho depósito va llenándose; cuando éste rebosa, el ruido se apaga. Así el humano corazón, conforme va derramándose en sus profundos — resonantes primero, silenciosos más tarde,—el chorro bullente de la Vida. Pero, decidme, vosotros, los ancianos, los que de mozos supisteis cabalgar a rienda holgada sobre los petros—fuego y pólvora—de la ilusión; vosotros los imprevisores, los discolos, que, sin conocer “el miedo al mañana”, disteis hospitalidad en vuestro ánimo generoso a todos los latidos de la curiosidad y de la ambición, ¿no sentís ahora, ahora que son de lino vuestros cabellos y vuestras manos empiezan a temblar, la satisfacción orgullosa de haber vivido plenamente?.....

Un viaje largo equivale a un buen libro; también vale un amor. No creo haya momentos que draguen el espíritu, ni superen en emoción estética a aquellos en que los trenes lanzan su clarineo de despedida, o los trasatlánticos, magníficos bajo la gallardía religiosa de sus chimeneas humeantes, retiemblan con el esfuerzo de los molinetes que levantan las anclas. Son los caminos cual índices elocuentes que, imperativos, nos señalan un rumbo, como puentes de maravilla tendidos de un horizonte a otro, y entre todos componen alrededor del planeta una especie de “red nerviosa” por donde circulan las palpitaciones sin guarismo de la vida universal. Y, mientras recorre esas rutas que la diosa Aventura embellece con el iris de su sonrisa enigmática, el viajero acaricia la visión de amores extraños, de empresas descomunales y hazañosas; y, por ensalmo, su existencia, soñolienta quizá hasta entonces, adquiere una trepidación novelesca que agudiza sus sentidos y sirve de excelente gimnasia a su voluntad. Es cierto que, al final de todo viaje, siempre hay una pequeña decepción nacida de aquel vicioso prurito que la fantasía tiene a la hipóbole; y así, a

rendir la jornada, nos parece que Roma no es tan “solemne” como nos habían dicho; ni París tan “loco” como asegura la leyenda dorada de sus aventureros; ni los bosques americanos tan frondosos y tupidos como los descubrieron sus exploradores. ¿Qué importa?... ¿Quién, al terminar la lectura de un libro, no sufrió un ramalazo de hastío; ni quién dejó de beber en los pozos del más ciego amor, un poco de amargura?...

No pretendo con esto repetir en los diversos pueblos la maldición secular a que la raza judía se halla sujeta: sólo afirmo que el hombre, cuando ha terminado de aprender la carrera u oficio que han de procurar-le el sustento, debe salir de su patria, levantar su tienda de nómada trabajador donde le pete, buscando, sin recelo a nada, los climas y las civilizaciones más opuestas, y procurarse así la noble satisfacción de poder decir: “En todas partes, gracias a mi laboriosidad, hubo para mí un lecho, un vaso de vino y un pedazo de pan.” Este éxodo debe comenzar alrededor de los veintitrés años, edad preciosa en que las verticales energías de la virilidad plena, se aunan a la flexibilidad y simpáticas condiciones de asimilación y adaptación de la juventud; y no terminar antes de los treinta y cinco, época la más idónea para constituir un hogar, trazarse un porvenir y aplicarse a la buena crianza de los hijos.

Muchas veces, entre los comerciantes especialmente, hallamos hombres respetables, ricos, circundados de positivo bienestar y padres de numerosa prole, y en cuyas almas, sin embargo, abierta como una herida, bulle una inquietud. A cada momento sueñan dejar su escritorio para realizar un viaje largo; se aburren; quieren ver, embellecer sus días posteriores con el ramillete esplendoroso de la realidad, infinitamente variada y pródiga; y de pronto, ante la hermosura de una puesta de sol, sus ojos, envejecidos sobre las arideces del Diario y del Mayor, se arrasan en lá-

grimas. Fué porque no supieron vivir; porque quisieron sustraerse detrás de un mostrador a la ley inexorable del cosmos, donde todo es filante; porque creyeron que la dicha podían hallarla en el primer negocio y en la primera mujer que tropezaron, sin saber que la felicidad suprema no es "una entidad", sino "una suma" de pequeñas felicidades, sembradas por el Azar a lo largo de la vida y, por consiguiente, que una honda, jugosa y bien razonada alegría, sólo puede acariciarnos cuando la experiencia ha matado en nosotros al diablillo azul de la curiosidad.

No temamos, pues, a la desilución

de los amores ni de los libros, ni a la tristeza de los viajes; dejemos que Psiquis se agote, se canse. Yo estoy cierto de que una gran felicidad, si ha de ser duradera, necesita tener por base un gran fastidio.

Juventud: apasionate por todo, estudia, viaja, lucha, asómate a todos los peligros, imita a las nubes y a los vientos, aprende de los pájaros; no temas a nada, como no sea al hostezo. Busca y ríe; sé curiosa y sé risueña...

A tu edad, la edad amada de los dioses, nada debe interesarte tanto como una mujer, un libro y un camino.

E. Zamacois.

Lo que leen los estudiantes

Un escritor francés, G. Lefébre, dirigió hace algunos meses a varios profesores de Colegio y de Liceo de su tierra, las siguientes preguntas: ¿Qué libros leen los estudiantes? ¿Leen más o leen menos ahora, que hace veinte años? ¿Qué puede ser causa de que lean más o de que lean menos? Metódicamente y con profundo análisis, Mr. Lefébre, después de haber recibido las contestaciones de los profesores y de varios administradores a quienes también había consultado, deduce que los estudiantes leen menos y que constituyen su preferencia las publicaciones deportivas y las novelas policíacas.

Las afirmaciones de G. Lefébre son categóricas. Los estudiantes consagran hoy a la lectura menos tiempo que sus antecesores. "En las clases elementales— escribe él mismo — donde muchos niños no leen porque no saben leer correctamente, la situación acusa una tendencia al decaimiento. En las clases del primer ciclo se observa el mismo resultado. En el segundo ciclo los estudiantes alegan no tener tiempo para dedicar a la lectura." ¿Qué causa señalan los profesores a este cambio en las

aficiones de los estudiantes? Una causa principal, en la que casi coinciden todos los consultados, es la diversidad creciente de las materias de estudio y el aumento del número de horas de clase. Hoy, el estudiante, ha de estudiar más y ha de estar sujeto más tiempo. Otra causa es el merecido ascendente concedido a los ejercicios físicos. Otra causa es la difusión de la bicicleta y una especie de fiebre de locomoción que subyuga todas las facultades. Otra causa es el cambio que ha sufrido la vida de familia que, en los medios acomodados, ha sido muerta por los placeres, y en los medios modestos por la lucha diaria para ganar el pan. Nuestro Ganivet, al hablar en **Granada la Bella**, de la constitución ideal de un pueblo, recuerda también la vida de la familia y escribe estas palabras: "El candil y el velón han sido en España dos firmes sostenes de la vida familiar, que hoy se va rebajando por varias causas, entre las cuales no es la menor el abuso de la luz. El antiguo hogar no estaba constituido solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su

valor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y a formar un núcleo común. Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habéis dado el primer paso para la disolución de la familia."

Esta cita de un autor español en las observaciones hechas por un pedagogo francés no encaja mal en este momento. Si aquí, en España, se decidiera alguien a realizar el estudio hecho por Mr. Lefebvre, seguramente obtendría las mismas consecuencias. Las consecuencias de que el estudiante lee menos; de que lo que lee es relato sportivo o policíaco; de que lee menos porque le obligan a estudiar más, porque le someten a ejercicios físicos o porque en su familia no encuentra aquella paz, aquella tranquilidad que hacen desear la permanencia bajo el techo de la casa.

Para fijar con exactitud la diferencia que existe entre lo que se lee y lo que se lee, carece el cronista de datos estadísticos. Lo que sí puede atestiguar es que ha hecho continuas investigaciones en aquellos centros donde los estudiantes acuden, los Institutos técnicos, entre ellos, y las palabras de los profesores que han dejado por completo a disposición de los alumnos la Biblioteca del establecimiento, han sido desconsoladoras al afirmar que se pasaban meses, cursos enteros, sin que se hiciese la solicitud de un solo libro. Para asegurar que cuando los estudiantes leen, lo que leen son libros deportivos o policíacos, no precisan grandes estadísticas. Basta entrar en una librería, ver los aparadores de un quiosco, sorprender a un grupo de muchachos en sus lecturas o en sus

conversaciones. Ello nos será más eficaz y más elocuente que todos los números. El gran éxito de los primeros años de *La Novela Ilustrada* estuvo en la difusión de las obras de Conan-Doyle que se vendían y se venden aún como pan bendito. El despacho enorme de esas *nouvelles* que se pagan a veinte céntimos y a real, y que nos sirven en treinta planas toda la historia de un crimen y las estratagemas de un policía, evidencia hasta que punto el afán por estas lecturas ha dejado a segundo lugar, no sólo las clásicas—a las que se dedican contadas personas—sino aquellas otras que, siendo actuales, tienen un valor literario superior. Si aquí, en España, (1) fuéramos a puntualizar los hechos, obtendríamos la consecuencia de que hoy se lee—y ahora ya no hablamos sólo de estudiantes—más que hace diez años, pero se lee menos lo que hace diez años se leía. Que hemos ganado en cantidad de lectura pero que hemos perdido en calidad.

Y este es un resultado que habría de hacer pensar a todos aquellos hombres que saben que la labor de la escuela, que la influencia de la escuela ha de extenderse a la calle y a la casa.

Marcelino Domingo.

(1). Estamos persuadidos que no sólo en España, sino en todas partes pasa esto; pero leyendo a la ligera nada o poco se aprende y menos si las lecturas son esos papeluchos insulsos y publicaciones periferiosas que nos ofrecen los editores puramente a base comercial, y cuyo origen hay que buscarlo en el país del gran adelanto instructivo. Los avances pedagógicos y perfecciones educativas de que tanto se ufanan los norteamericanos, han dado este pésimo resultado... y los que darán todavía! Cuando la escuela no logra encausar a la juventud por buenos senderos y hacerla íntegra, útil, feliz, es pretensión ridícula presentarla como perfecta y es ese el fruto de los modernismos adelantos pedagógicos de Norte América y otros países. ¡La superficialidad, lo reluciente nos atraen aunque tengamos que llorar el engaño! Así va el mundo.—La Infancia.



AURAS ROJAS

Hermoso libro de literatura original de Carlos del Barzo. Está en venta en la 7ª Avenida, Este, número 247. Un tomo en rústica: 50 céntimos.

Auras rojas

II

Poco había variado la vida de Soledad desde el día de su unión con Fiacrán. Libre de los ajeteos del taller, suprimió la diaria caminata, que era su mayor martirio, por las persecuciones de que era víctima y los disgustos que le ocasionaban mozuolos y viejos verdes, que se cruzaban en su camino con piropos galantes.

Ella, como las otras, sufría la acometida innoble de que son víctimas todas las muchachas honradas que peregrinan del taller a la casa.

Como carne propicia para los relajadores de sentimientos y surtidores de prostibulos, sus perseguidores querían deslumbrarla con ofertas.

Ella sabía de esa obra ruín de infamias y cobardías. Ella veía a otras, antes honradas costureras, pasear en victorias, luciendo vestidos cubiertos de encajes; exhibirse por los girones donde pasea su ociosidad, destilante de relajaciones y de ignominias, la juventud dorada. Ella veía valer más al vicio, oculto en sedas y brocados, que la virtud que se muestra sin relumbrones, cubierta con el manto sacrosanto de la pobreza.

Y era en sus momentos de meditación, cuando limpiaba el mísero nido y condimentaba el guiso cotidiano, que se sorprendía del cambio operado y venían en tropel a su mente todas las proposiciones ventajosas rechazadas, todos los hombres pudientes que le habían ofrecido un porvenir lleno de comodidades, que ella supo despreciar digna y altivamente.

Su dignidad, rebelde y orgullosa, su alto concepto del honor le hacían inclinar la frente ante la máquina, con tenacidad suicida, cerrando los ojos a las tentaciones, cerrando los oídos a las almiaradas promesas.

Y ella, la irreductible, la que no

supo oír promesas ni ruegos, fué conmovida por las epístolas sentimentales del joven visionario.

No era la esposa de Fiacrán, porque no se había sometido a los convencionalismos sociales; tampoco lo hubiera sido de los que le prometían lujo y comodidades. Con esos, el mal paso lo hubiera considerado una deshonra: con Fiacrán se creía honrada.

Sin grandes nociones sociológicas, era una mujer hecha de orgullos y rebeldías, en pugna con todos los convencionalismos sociales, que han envenenado las afecciones más íntimas del corazón humano.

No es otro el amor que han cantado los poetas de todos los tiempos en versos saturados de infinita ternura, sin leyes que son ligaduras de los corazones.

Sin someterse a esas reglas de prostitución lícita, que sancionan todas las legislaciones; a esa compraventa de antagonismos, que la sociedad insensata hace base de su moral depravada, donde la dote es la suprema moral y se cotizan los sentimientos como en un mercado.

Sentimental, a pesar de la energía de su carácter, procedía por impulsos del corazón. El sentimentalismo jamás razona. Y amó al solitario de las reminiscencias tristesimas que supo decirle de amor y de esperanza y no de promesas y rumbosidades.

Jamás vió en él, sin embargo, al artista, al pensador que ponía toda su potencia intelectual, toda la fuerza de su espíritu al servicio de un ideal de humanidad, de armonía y de belleza.

No alcanzaba a distinguir sino al amante.

Una tarde, cuando conversaba con el amigo preferido de Fiacrán, explotó torpemente, cediendo a un arranque de mal disimulada amargu-

ra, después de una crisis de lágrimas, después de una crisis de lágrimas que traducían despecho y alivio.

Y entre violenta y emocionada, dijo a Héctor:

—Sí, yo lo amo, yo creo amarlo. Sin embargo, hay momentos en que la vacilación llega a mi corazón; y mi amor y mi situación lidian el combate que siembra desconcierto en mis sentimientos.

—Donde hay vacilación, no hay amor—dijo Héctor—el amor es hecho de acatamientos: es el sometimiento absoluto.

—Sí, así lo creo, cuando las cálidas frases de Fiacrán llevan a mi espíritu el consuelo, que disipa mis inquietudes. Y mis sueños se alientan, pido una tregua a mis desesperación. Pero cuando el eco de su voz desaparece, cuando lejos del hipnotismo de su mirada y la sugestión de sus palabras, contemplo mi abandono y miro este cuartucho en la desolación de sus paredes desmanteladas; cuando veo marchitarse mi juventud en el encierro, como una bestia de domesticidad y sumisión; cuando en torno de mí veo la felicidad o la satisfacción que llenan esas apariencias, créalo amigo, que la desesperación me hace ver la enormidad de mi abandono, naufragando en un mar de privaciones, mientras mi bien amado va, repleto el corazón de esperanzas locas y el cerebro de lirismos reparadores para otros.

—Pero Fiacrán no derrocha. Si más consiguiera su esfuerzo, estoy convencido que sería para hacer la comodidad de ambos. ¿Por qué, pues, desesperarse?

—Mientras, guítese el puchero cotidiano, que sea el eterno jergón la vestidura.... y comer y vivir.... muriendo.... sin una satisfacción, sin una expansión para el espíritu.... y que se marchite la juventud en la desilusión de la esperanza....

—No culpe usted al compañero por eso, sino a la desigualdad social, a sus injusticias, que nos tiene condenados a tan grandes vicisitudes,

vedados de las alegres expansiones del arte y de la ciencia, vedados de todas las satisfacciones que son el encanto de la vida.

Ella continuó imperturbable:

—Que yo sea todo amor y sometimiento, y él todo abstracciones filosóficas y delirios extravagantes?

—Pero esas **extravagancias** tienden a un fin de gran interés humano: son el eco de sus quejas.... de la queja universal.

—No hay amigo, más que una cosa que tiene y que pueda interesar a las mujeres: la pasión. Fuera de ella, fuera de sus extravíos y sus arrebatos, lo demás, es nada!

—¡Qué inmensamente desconsolador es reconocer que son las mujeres seres incompletos! Que son incapaces de inspirar a sus amantes el amor a lo grande y a lo bello! Creen ustedes hacer la felicidad de un hombre, encadenándolo, maniatándolo a su voluntad de hembras dominadoras. Por eso no tolera su orgullo que el hombre que les ofrenda su cariño ofrende a la vez su inteligencia a algo más grande que el amor de una mujer: el amor a la Justicia y a la Verdad!

—Y así somos perfectamente lógicas,—replicó Soledad, con un gesto de altanería suprema, que hizo nacer dudas mortales en el sistemático adversario del sexo, quien, despidiéndose, confirmó:

—Sí, son perfectamente lógicas todas las mujeres: así lo es usted, Soledad, al considerar este marco de cuatro paredes, indigno de su juventud y de su belleza.

Fiacrán llegó a su cuarto taciturno e indignado, bajo el peso de una atmósfera aplastante y enervadora, algo, así como si la fatalidad le hiciera guiños trágicos y extraños.

No encontró a Soledad, como otras veces, en la puerta, para enlazarlo en la guirnalda de sus brazos y estampar un ósculo de amor sobre su frente cavilosa.

Su corazón sufrió el cruel atenuamiento de sus dudas. Grande fué su contrariedad al penetrar y verla reclinada en camison en el lecho, indiferente a su presencia, indiferencia que hizo en su corazón enamorado y celoso el efecto del frío de un acero en las entrañas.

Bella estaba en su indolencia agresiva.

Fiacrán la contempló y dijo como un disparo:

—¿Qué es esto?

—Lo que es.

—¡Cómo! ¿Es así como me contestas, no bastándote la indiferencia?

—Sí, señor mío. La esclava, la doméstica está ya harta de dialogar con las paredes, mientras el señor se pasa la vida fuera, galanteando visiones y desbarrando sobre utopías, hablando de justicia y de amor, de felicidad y armonía, cuando tiene una esclava que en vano oye repetir esas palabras sonoras y vacías, cuando vegeta en una existencia, hecha toda de injusticias, de infelicidades, tanto más vituperables, cuanto el causante de ellas es todo un apóstol de libertad, pero un pequeño tirano hecho de durezas y de indiferencias!

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que digo—dijo poniéndose de pie, desafiante y altiva.—Yo, cansada de oír esperanzas, no sólo me veo pospuesta a los amigos y papelones, sino que agonizo en este hueco infecto, que para usted será todo lo armónico que quiera, pero que para mí es una cárcel y una afrenta. Y así habla usted de esperanzas, sembrando las desilusiones; queriendo hacer la felicidad humana, cuando es incapaz de hacer la propia felicidad y la de la mujer a usted encadenada; prodigando su yo insensatamente; preocupándose del pueblo, de esa miserable basura humana.....

—Pero, mujer!.....

—Sí, señor, el pueblo no se merece los desvelos que se toman unos cuantos necios; así como ustedes,

los hombres, no se merecen los pesares que ocasionan.

Fiacrán apenas se podía sostener en pie, a tal punto le dominaba la cólera.

Las frases se paralizaban en sus labios temblorosos. Sin embargo, dominándose exclamó:

—Y así has preparado esta escena: infamando mis sentimientos y calumniando mi propaganda, pones en tus palabras las expansiones de tu alma rencorosa, de.....

No pudo continuar.

La mujer creció ante el apóstrofe severo, desatándose como una tempestad. De la recriminación pasó a la injuria. Y habló de la belleza, del lujo y de la comodidad. Lo acusó de falsear los ideales, de ser un despechado, un egoísta, un ruín!

Fiacrán impuso silencio:

—No seré yo quien consienta ser tratado como el último de los miserables—dijo—y si es tu deseo de lujo y ostentación el que te dicta tus frases rencorosas, sigue tu ruta fatal, la ruta que marca la perversión de tus instintos, pero no ofendas, no insultes mi vida, ya que eres indigna de comprenderla.

Y creciendo tan enorme como la cólera que le dominaba, en el desbaratamiento de la armonía de su conducta, desorganizada por las pasiones en fermento, estalló:

—Si amas el lujo, vende tu dignidad, vil ramera!

Y el insulto desató la tormenta.

Soledad en ese momento era bella, terriblemente. Su mirada, siempre dulce, se había tornado fija, tenía algo de la ferocidad de las aves de rapiña. Había en las palideces desnudas de sus carnes una inamovilidad aterradora, una cólera fría, implacable, que hacía estremecer.

—Yo ramera!—gritó—Yo, la mujer digna y honrada, virtuosa hasta el sacrificio, infamada así!..... Y por tí..... por el hombre a quien todo lo he ofrendado..... Por quien he sacrificado mi honra, mi libertad..... todo, en fin.....

Y, ciega de indignación, se lanzó como una furia, clavando sus uñas de gata embravecida en el rostro de Fiacrán.

Este la estrujó y la arrojó violentamente contra el suelo, demudado, fuera de sí.

El choque y el alarido de su víctima lo hicieron volver en sí; y, midiendo la enormidad de su acto, se dejó caer como desmayado sobre un banco, presa su ánimo de mortal angustia, de angustia vergonzosa.

Y en Fiacrán no era sólo su amor, desbaratado así por la mujer que adoraba. Era su orgullo el pisoteado también, en ese arranque de mal reprimido desencanto.

El joven luchador quedóse paralizado en sus meditaciones, cuando los sollozos de su amada le hicieron levantar la cabeza doblemente bajo el peso de la angustia y la vergüenza.

Pasado el síncope que le produjo la violencia brutal de que había sido víctima, Soledad se puso de pie trabajosamente, y el llanto inundó sus mejillas en riego de dolor y consolación.

Atenta solo a su dolor, el camión desgarrado por la violencia del choque, cayó a sus pies, quedando como una Venus dolorosa, surgiendo del rebrujamiento de hilachas, como si flotara sobre las espumas de un mar ideal.

¡Qué inmensamente bella y seductora se destacaba en su actitud doliente!

* * *

Fiacrán despertó sobresaltado, prisionero entre los brazos de la amada, que dormía con serenidad beatífica.

La calma y la obscuridad de la noche lo envolvían en dulce caricia, que el lecho brindaba con sus tibiezas voluptuosas.

El conjunto de todos esos ardores misteriosos, parecían reanimar su espíritu y agrandar sus recuerdos.

Y fue el cuadro de sus furores bo-

chornosos de horas antes, el que lo excitó y lo avergonzó.

Libertándose de los brazos de ella, sin despertarla, como movido por un pensamiento extraño, saltó fuera del lecho y encendiendo la vela que esparció por el cuarto su luz amarillenta, comenzó a vestirse.

Y contempló a Soledad, que profundamente dormida, bajo el reflejo amarillento, semejava un cadáver aureoleado de santidades, en la pálida belleza de la muerte.

Mortal tristeza se apoderó de Fiacrán pensando que iba a abandonar su nido modesto, y delicioso, que le recordaba los únicos goces, las únicas delicias de su vida; así tan altanera y risueña como buena; tan dulce y violenta como tierna.

¿Por qué cortar, pues, esa relativa felicidad hecha de caricias ardientes, de escaseces soportables? Ella no lo engañaba, no; era demasiado honrada para venderse por cintajos; demasiado soberbia para resignarse a sufrir vida de privaciones.

¡Qué bella la encontraba en la placidez de su sueño tranquilo, en su dulce abandono! A punto estuvo de despertarla con besos apasionados, si el tropel insurrecto de insultos que le disparó en la refriega, no hubieran golpeado su orgullo.

¿Por qué lo había insultado si lo amaba? ¿Por qué ese ensañamiento cruel, esos arañazos feroces, que lo impulsaron a la brutalidad y la violencia?

El, tratado como el último de los miserables e infamado por esos labios en los que vació todo su ardor pasional.

Y esos labios que lo habían revolcado en fango vil, eran los de la mujer amada. Y esa amada había sacado de sus secretos repliegues, complicadas malicias para enervarlo.

Y él, a los insultos había respondido con la brutalidad de sus manos, para luego arrastrarse, deslumbrado por el encanto de sus carnes..... a implorar perdón..... a llenar ese

cuerpo con sus lujurias! ¡Oh la poderosa sensualidad!

No, ella no lo comprendía, no lo avaloraba, no lo amaba seguramente

É irguiéndose, transformado y colérico salió lanzando la postrer mirada a ese rostro adorable.

.....

Ya en la calle, ni la noche apasible y serena calmó las borrascas de su espíritu, majestuoso y terrible como un anatema; y, fué como la desesperación y la furia a la aventura por las calles desoladas, ajeno al espectáculo extraño de la ciudad que duerme.

Un hombre se le cruza al paso y gesticula, o una lamentación, o una amenaza. . . . y pasa.

De una ventana oscura, una voz femenina le lanza un tosido y una llamada. . . . y sigue abstraído en sus meditaciones.

Y tropieza con rostros extraños, con parejas risibles, con victorias repletas de mujeres que chillan cantos de embriaguez y de lujuria.

Es la Lima nocturna y escandalosa; son los atorrantes que, resguardados por las sombras de la noche, deslizanse por la ciudad dormida, a lucir sus caras patibularias, hechas de extrañezas y de vicios, de vagancias y raterías.

Son las rameras, las tristes hijas del vicio, las carnes de lubricidad y solazamiento, que van en cargamento de satisfacción, entonando sus cantos obscenos, que afrodisiaquen a los canijos mozalvetes, a los lacrados viejos verdes que las llevan a cenar, atronando la ciudad dormida con sus chirridos lúbricos; es todo ese aglomeramiento informe de funcionarios y delincuentes, de moralistas y alcahuetes, de policías y rateros, en la negra fraternidad del vicio. Aves sucias de lupanares y garitos mosconeán en la ciudad dormida, al incierto resplandor de los focos eléctricos o entre el vaho de los prostíbulos, abiertos como llagas, con el resumidero de sus bullicios y de sus cantatas.

Esta faz de la ciudad, extraña, llamativa y espeluznante al mismo tiempo, no sacó a Fiacrán de la preocupación de su espíritu, que lo hacía caminar indiferente a sus propias pisadas, hasta que la pérdida de piso y el rumoreo de aguas que se deslizaban, lo detuvo en su fuga insensata.

Y allí, a orillas del Rimac fangoso y sucio, se dejó caer sobre un pedrón, cubriéndose el rostro con las manos temblorosas, y lloró como un vencido, bajo el peso infinito de sus angustias.

.....

El amor.

¿Se sabe acaso lo que es? Es tan falseado, tan exagerado, tan deprimido, que caben en él, desde la compasible demencia de los fantaseadores líricos, hasta los repulsivos caprichos de la carne.

Amad por sentimentalismo, por esa demencia sublime de los corazones. . . . y el sentimentalismo pasa.

Amad por atracción deslumbradora de la carne, por la atracción de las formas en su conjunto de plasticidad y belleza. . . . y la belleza pasa.

Hay epidermis que se juntan, labios que se devoran, cuerpos que se compenetran, corazones que se funden en espasmos de pasión y de delirio; pero no siempre esas oleadas de los corazones llegan hasta el cerebro, en esa fusión ideal, en esa afinidad electiva que hace la alianza de dos almas, de dos pensamientos, en un solo anhelo, una sola aspiración, en amor **único**.

Fiacrán no había encontrado este amor. Lo único que podía ser su felicidad y su guía; su aliado en las luchas por la verdad y por la belleza; el apoyo y consuelo para borrar en sus ternezas las amarguras y razguños de la vida.

Amado por Soledad, a su manera, con ese amor hecho solo de arranques pasionales, era ese mismo fuego abrasador y loco, el que amenazaba quemar las alas del pensador

y del artista, en su vuelo hacia los horizontes esplendentes de las supremas liberaciones.

Su pasión era su maniatación.

Y en esa hora amarga de cavilaciones, entre el pensador y el amante, se lidiaba la batalla definitiva.

Amanecía.

Soplaba una brisa fresca. El sol con sus destellos se anunciaba trás la mole borrosa de los cerros. El Rimac lucía a trechos el verdor de sus orillas, y la informe aglomeración de sus guijarros, ante la azul claridad del alba indecisa. La naturaleza despertaba saludada por el canto parlero de las aves y el grito estridulo de los insectos en un himno de Triunfo y de Alegría.

Fiacrán se sintió estremecido.

Contagiado por ese canto de vida en admirada contemplación, gozó del espectáculo seductor.

Y oyó ese lenguaje de la naturaleza, que le decía cosas raras, cosas inexplicables.

Era una hipnotización ese canto después de la lidia espiritual que delineó el gesto de su alma.

Y de cara al sol, ya esplendente sobre los cerros áridos, se dió cuenta de que era un medio de la vida ansiosa de renovaciones.

Admiró su ayer, ese ayer que creyera su felicidad, y el hoy que decía a sus oídos: vé a la vida, que la vida no es sólo el amor, ni el amor la felicidad.

Amor que exige el sacrificio de la personalidad, es un atentado contra el cual las almas fuertes, lejos de abatirse, deben levantarse en ansia infinita que genera anhelos de victoria.

Y dió al viento su amor, su amor que lo postró abatido; su amor que era su maniatación y sus lágrimas, pero también un trozo grande y hermoso de su vida.

Y ahondando su conciencia, sa-

cando fuerzas de su propia debilidad, creada por el bien,ido, no dejó en su alma sino el estímulo heroico, el exponente de una energía verdadera, capaz de ir a la conquista de la Dicha y de la Libertad a impulsos de una voluntad fecunda.

Sí, desposarse con la vida, y combatir y sufrir, sufrir y triunfar. Escalar los cielos, alto, arriba, en la cima, donde vuela el cóndor.

Y, afrontarla, depurando el espíritu, desechando las sombras impertunas amagadoras de la fe, y en aquilatamiento de la sinceridad, dar nuevo impulso a las fuerzas conscientes y vivas, superándose en las nuevas batallas, en las batallas confusas del porvenir.

Y el alma erguida, en aliento de orgullo viril, de orgullo fecundo, capaz de cambiar el tono de la vida en los estremecimientos de la Acción; porque sólo en ella se encuentran los esplendores de las grandezas altaneras, de los ardientes orgullos, de las sublimes alegrías.

Sólo la Acción, es vida que vibra y vida que explota: choques de huracán y estremecimientos de pasiones; alboradas de ideal y reflejos de infinito.

Y sobre esa palpitación, las visiones del porvenir, como un miraje de esperanza.

Y seguir la ruta con los conquistadores del ensueño.

Y en esos torrentes encontrar la amada ideal: la mujer que sea musa que inspire, brazo que guie y cariño que conforte.

Que sea la alianza, hecha de fantasías y de espasmos, de encantos y de esfuerzos, de bellezas y de glorias, de glorias y redenciones.....!

Y Fiacrán transfigurado, ante el sol riente de las alturas, se desposó con la Vida.....

Carlos del Barzo.

Hemos recibido dos obras nuevas: **Por la vida**, por J. Pous y Pagés
Las rocas blancas, por Eduardo Rod. Precio: 50 céntimos el tomo.
EDITADAS POR LA POPULAR BIBLIOTECA DOMENECH

Recibos

Il pensamiento moderno.—Hemos recibido el fascículo 7° (año II) de esta revista de letras, ciencias y artes, escrita en italiano. Director: **Fernando Sansone**, Buenos Aires, Sarmiento 1758. La colaboración es de primer orden, lo reconocemos, aunque las ideas sean en general muy diversas de las nuestras. Las páginas filosóficas están impregnadas de alto misticismo. No obstante, encontramos expresiones que diríamos nuestras. Ejemplos:

El sentimiento estético y el sentimiento religioso pertenecen a categorías hermanas que tienen de común la falta de relaciones directas con el espíritu científico. De modo que el hombre puede tener el sentimiento religioso y el sentimiento científico, pero no ambos en el mismo momento, porque sólo son compatibles en tiempos sucesivos. El espíritu religioso prevalece en los hombres de preponderante "Vida interna". El espíritu científico prevalece en los hombres de preponderante "Vida externa". (Arnaldo Cervesato, pág. 306).

Y esto, decimos ahora nosotros, es poco más o menos, nuestra vieja tesis personal.

I. Concedemos a los sentimientos religiosos la misma influencia que concedemos a los sentimientos estéticos en la conducta moral de los hombres. En lo tocante a la vida práctica, no nos inquietan los credos. Cuando nos presentan un individuo y nos dicen: "es músico", nos quedamos tan a oscuras acerca de su honradez como cuando nos dicen "es muy religioso": bien puede ser un santo o un bribón.

II. ¿Cuándo prepondera en el hombre la vida externa? En estado de rebosante salud. ¿Cuándo prepondera la vida interna? En estado de enfermedad. Por consiguiente, los místicos o exaltados nos inspi-

ran sentimientos de benevolente simpatía, en todo semejantes a los que nos inspiran los enfermos. ¿Quién puede afirmar "yo nunca seré tuberculoso o histérico"? Atacamos las causas de enfermedad (astenia nerviosa, reumatismo, etc.), pero no atacamos a los pacientes.

Por otra parte, sean cuales fueren el origen y el valor fisiológicos de los sentimientos religiosos, juzgamos muy pobre y hueca la réplica de Chiapelli a Renan. Después de todo, repite uno con el ilustre francés:

"Si la humanidad cuanto más reflexiona mejor ve la necesidad moral de Dios y de la inmortalidad, mejor aún ve las dificultades que se elevan contra los dogmas que cree necesarios."

Anales del Ateneo de Costa Rica.

—Elegante publicación, dirigida por los señores Elías Leiva, Luis Castro S. y Rómulo Tovar. Corresponde en todo al prestigioso carácter de nuestro Ateneo. El número recibido (No. 8.—Año I) trae los últimos trabajos leídos en sesiones públicas durante el curso académico de 1912.—Oigamos la palabra final del discurso pronunciado por el honorable Presidente, **Justo A. Facio**, en la noche del 23 de diciembre:

"Pero al separarnos momentáneamente, señores, marchemos, hoy como ayer, animados por esta fe, tan dulce como fuerte, que, en medio de las desolaciones de la vida, pone en nuestros labios la suprema y ennobecedora ansiedad de lo bello; sí; marchemos siempre con los ojos fijos en el horizonte lejano, como para buscar entre sus pliegues azules la luz misteriosa del arte, que es "claridad para las inteligencias y orientación para las almas".

Dos años en América.—Impresiones de un viaje por Buenos Aires,

Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba.—Autor: **Eduardo Zamacois**. Casa editorial: Maucci. ¡Éxito completo! Abrimos el libro medio a medio y reproducimos el capítulo XVI (**La tristeza de viajar**). ¡Ya devorará el lector el volumen entero!

A través de la vida, por María de Bueno Núñez de Prado. **F. Sempere y Cía.**, editores. Tiene la palabra el autor del prólogo, Antonio Zozaya:

"Sabed, pues, vosotros, los que vais a leer, que esta mujer de porte altivo en cuyas líneas hay la gracia ondulatoria y majestuosa de las tanagras y en cuyas pupilas llamean los olímpicos desdenes, siente el amor de cuanto la rodea, la penetración de los seres, el embeleso de las formas, el deliquio de las armonías, el júbilo intenso de los amorosos trasportes, la consolución mística de los afectos impersonales. En sus relatos, algo incoherentes en apariencia, desembarazadamente sugestivos, encontraréis un oculto apasionamiento por el campo, por su diáfana luz, sus horizontes virgilianos, sus aromas silvestres y acres, sus esmeriladas transparencias, sus remotos balidos y tintineos y sus voces misteriosas que modulan en las cumbres la ilusión con su batir de alas. Es allí donde lanza sus besos al aire y sus estrofas sobrias cual las del **Génesis** a la idealidad. Y con todo esto, sabedlo: no ha sido comprendida. No ser comprendido. . . . ¡qué desgracia tan grande! Nunca pudo pronunciarse con más justificada amargura esta melancólica frase: "¡Si los hombres supieran!. . . ."

"Todo ser superior lleva dentro de sí un solitario. La culpa de la actual sociedad, mucho más grave cuanto más alta, se llama **in comprensivis**. María de Bueno Núñez de Prado expresa la sensación de este abandono en uno de sus mejores artículos, y en el cual nos dice cuán hondos son los desabrimientos, cuán

insoportable la soledad en medio de la muchedumbre, ante las más lujosas baratijas y los más refinados manjares. Como el cantor de la **aura mediocritas**, sabe cómo la riqueza y el fausto tienen agobiadoras pesadumbres. En una de sus comedias, aun inéditas, dice recordando su niñez la protagonista estas o parecidas palabras: "Tenía afectos, ilusiones, esperanzas. . . . **Era feliz como si fuera pobre.**" ¿No os parece la frase digna de Leopardi?"

A la recherche de la fortune du duc d'Orléans.—*Une idylle en 1792.*—*Un écrit inédit de sir Francis d'Ivernois contre Simonde de Sismondi.*—Estos tres fascículos nos han sido enviados por nuestro ilustre compañero **Otto Karmin**, doctor en filosofía, privat-docent en la Universidad de Ginebra, encargado de curso en el Colegio Libre de Ciencias Sociales de París.—Reciba la expresión de nuestra invariable gratitud.

Ariel, año I, N. 3, periódico de arte libre. Director: Alejandro Sux, 7, rue de Campagne-Première, París.—**Ariel** aparece de nuevo. Su programa no cambia, dice La Dirección. "Libre y amplio, todo ideal noble sabe que hallará un sitio en sus páginas, y que la belleza, múltiple y una, tiene un templo en ellas."

Fuerza consciente, año I, No. 1, revista dedicada a propaganda revolucionaria. New York City, 266 West 154th Street.

A voz do trabalhador, órgano de la confederación obrera brasileña, Río de Janeiro, rua Barao de Sao Goncalo No. 6.

El Obrero Panadero, órgano de los obreros panaderos de la Región Argentina. Buenos Aires, Humberto I 2200.

“LA HOJA LITERARIA”

NOVELAS COMPLETAS A 10 CENTIMOS

publicadas por la casa editorial Bailly - Bailliére

JOSE, por Armando Palacio Valdés.

LOPEZ Y SU MUJER, por C. Frontaura.

AMPARO, por M. Fernández y González.

LA VIUDA, por Octavio Feuillet.

ROSAS Y PERROS, por R. Rodríguez C.

REGINA, por Alfonso de Lamartine.

LAZARO, por Joaquín Octavio Picón.

Los diarios españoles han hecho grandes elogios de las novelas publicadas hasta la fecha por la importante casa editora Bailly-Bailliére, de Madrid.

Podemos servir pedidos a nuestros lectores. Es indispensable envíen el importe anticipado.

Están a la venta en la 7ª Avenida, Este, número 247, local del café y restaurant **Petit París**. Ordenes por correo a nombre de Ricardo Falcó, Apartado 638, San José de Costa Rica (América Central).

TENEMOS un personal de circuladores que ha adquirido durante varios años una gran experiencia en la distribución de periódicos en esta capital.

TENEMOS un directorio completo de los habitantes de esta ciudad.

TENEMOS un gran surtido de esquelas mortuorias, matrimoniales, etc.

TENEMOS una imprenta abierta noche y día y un equipo de empleados nocturno y otro diurno.

TENEMOS establecidos los precios más bajos de plaza para la impresión, rotulación y distribución de tarjetas, circulares, invitaciones, etc.

ESTABLECIDOS todos estos hechos, ya sabe el público a quién debe encomendar esta clase de trabajos. Tres horas después de encargadas las tarjetas, estarán impresas, rotuladas y circuladas por toda la capital.

IMPRESA MODERNA

APARTADO 49

Frente á la Biblioteca Nacional

TELEFONO 18